

40 Una vida. UNA NOVELA

CASADA Y
DIVORCIADA
MUY JOVEN

SU GRAN
ATRACTIVO
LA FALTA
DE VANIDAD

NUEVO
MATRIMONIO
CON HARRY JAMES



**BETTY
GRABLE**

2

PTAS.

¡Están a la venta!



JANE WYMAN - La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable, puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



BURT LANCASTER.—Fue acróbata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Ultimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapecista de circo, reviviendo así sus años de juventud.



JEFF CHANDLER.—Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos llegarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.

UNA VIDA, UNA NOVELA

BETTY GRABLE

- ◆ Su madre quería convertirla en bailarina, pero su padre se empeñaba en hacer de ella una tranquila ama de casa.
- ◆ Fue esposa de Jackie Coogan, el célebre «chico» de la vieja película de Charlot.
- ◆ Zannuck la lanzó a la popularidad con el título de «equivalente femenino de Bing Crosby.»

Volumen n.º 40

de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 21. ROBERT TAYLOR |
| 2. JOHN WAYNE | 22. RITA HAYWORTH |
| 3. HEDY LAMARR | 23. TYRONE POWER |
| 4. ERROL FLYNN | 24. JUDY GARLAND |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 25. KIRK DOUGLAS |
| 6. MARILYN MONROE | 26. AUDREY HEPBURN |
| 7. GARY COOPER | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 28. JOAN CRAWFORD |
| 9. ROCK HUDSON | 29. RAF VALLONE |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 30. INGRID BERGMAN |
| 11. CLARK GABLE | 31. JAMES STEWART |
| 12. LESLIE CARON | 32. BETTY HUTTON |
| 13. GREGORY PECK | 33. JOSEPH COTTEN |
| 14. GRACE KELLY | 34. LORETTA YOUNG |
| 15. FRANK SINATRA | 35. GLENN FORD |
| 16. SILVANA MANGANO | 36. LANA TURNER |
| 17. VAN JOHNSON | 37. BURT LANCASTER |
| 18. AVA GARDNER | 38. JANE WYMAN |
| 19. ALAN LADD | 39. JEFF CHANDLER |
| 20. SUSAN HAYWARD | 40. BETTY GRABLE |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56

BARCELONA (ESPAÑA)

CUANDO aquel 17 de junio de 1920, la cigüeña depositó su delicada carga en la pequeña casa de ladrillos rojos de la Avenida Lafayette, número 3955, de la ciudad de San Luis, nadie en la casa ni en el barrio, podía sospechar lo que andando el tiempo sería aquel simple amasijo de carnecita rosada, pronto envuelto en las menudas y suaves ropitas que todas las madres cuidadosas tienen preparadas para tales casos. A la llegada de la cigüeña, el hogar formado por el matrimonio Grable consistía en Lillian, la esposa, una mujer fuerte y decidida, John, el marido, humilde comerciante sin grandes aspiraciones, pero hombre amante de la familia y del hogar, y Marjorie, la hija mayor, a la sazón una niñita de seis años, de carácter apocado y tranquilo. La llegada del nuevo vástago a la casita de ladrillos rojos, no fue recibida con gran entusiasmo: estaba aún demasiado reciente el dolor que la muerte de un precioso chiquillo de dos años — trágicamente fallecido de tos convulsiva — había producido en la familia Grable, vistiendo de luto los corazones y la casa entera. Sólo hacía nueve meses de la muerte del niño y todavía parecían resonar en las paredes de la casa los estertores de su terrible agonía. No era pues de extrañar que los Grable, en aquel día primaveral, no recibiesen alborozados la llegada de un nuevo hijo.

—Tú verás, Lillian, cómo esa niñita que Dios nos envía tan pronto, como si siquiera resarciarnos de la pérdida que hemos sufrido, ha de ser nuestra ilusión y nuestro consuelo — dijo John —.

Por de pronto, se parece muchísimo a ti, Lillian, mucho más que Marjorie.

A su pesar, la joven madre se echó a reír. ¿Quién puede decir a quién se parece una criatura recién nacida? Sin embargo, la idea le agradaba.

—¿Crees de veras que se parece a mí? ¿O es simplemente que lo deseas?

—Lo deseo y lo creo. Será como tú, muy bonita... y una perfecta ama de casa. Será muy feliz... como nosotros habíamos sido hasta hace nueve meses, ¿no te parece?

Una nube de tristeza pasó de nuevo por los ojos de Lillian Grable. ¡Otra vez el terrible recuerdo de la muerte del niño! Pero al mismo tiempo, por una de esas paradojas que se dan a veces en la mente humana, acaso por huir de la dolorosa obsesión, Lillian echó a volar su fantasía.

«¡Una perfecta ama de su casa la recién nacida!» —acababa de decir John—. Claro que el pobre John, bondadoso y práctico, no podía soñar cosa mejor. Ella sí. Ella, Lillian, había soñado en su adolescencia una vida más gloriosa, más fantástica, más brillante que la de la esposa de un simple tendero. Había soñado nada menos que con ser bailarina, y oculta, por temor a que se rieran de ella sus hermanos o la amonestaran sus padres, había ensayado pasos de danza y ágiles vuelos entre gasas y tules. Y en sus sueños de la primerísima juventud, había visto su nombre en carteles luminosos con letras enormes que resplandecían como sus juveniles ilusiones.

¡Qué diferencia de la realidad de su vida! Realidad elegida por ella misma, sin duda. Ya que

nadie la obligó a escoger a John Grable como dueño de su destino, y casada a los diecisiete años, con una vida de hogar sencilla y práctica, obligaciones, hijos, hubo de dejar a un lado sus primeras aspiraciones. No decimos que las olvidó, porque en el subconsciente de todo ser humano perduran los deseos de la primera juventud, y aunque Lillian Grable dejó estos deseos en holocausto de su sincero amor y su casi prematuro matrimonio, no olvidó jamás. Cuando su primer hijo fue una niña, volvió a recordar... Y durante algún tiempo trató de dar a su hija mayor, Marjorie, una educación artística adecuada para hacer de ella una bailarina, para formarla en la escuela que ella no pudo tener y realizar así, en su hija, su primera ilusión. Pero Marjorie aborrecía el baile. No tenía la menor condición para ello, Lillian tuvo que darse por vencida.

Ahora todo sería diferente. Estaba segura de que la niñita que acababa de nacer era algo muy distinto. John lo había dicho. «Se parece en todo a ti.» Se parecería también en esto, pues la verdad era que Marjorie no tenía ni aun físicamente nada de su madre.

¿Sería bailarina la pequeña Elisabeth Ruth? Por de pronto, era una criatura deliciosa que desde los primeros meses de su vida constituyó la atracción del barrio en que estaba situada la Avenida Lafayette. Su piel era rosada y suave como los pétalos de la rosa, de sus ojos se dijo que eran dos encantadoras «rapsodias en azul», y cuando sonreía su carita parecía resplandecer de gozo. Era entonces cuando vecinas y aun vecinos, se querellaban por tenerla un ratito en

sus brazos, por cambiarla de ropa o darle la papilla.

Tan popular llegó a ser la pequeña Elisabeth Ruth que cuando la familia, pocos años después, se trasladó al Hotel Forest Park, un equipo de jugadores de baseball, denominado los «Cardenales de San Luis», que vivían en el mismo hotel, decidió adoptarla algo así como a su mascota. Cada vez que encontraban a la niña en el comedor, en el hall o en los corredores del establecimiento, la tomaban en sus brazos, corría de una mano a otra y hasta practicaban su deporte con ella... ¡lanzándola al aire como si fuera una pelota! Esto causaba cierta inquietud a la madre de Elisabeth Ruth y todavía más al bueno de mister Grable. Pero lo cierto era que la chiquilla no cayó jamás al suelo, y que además parecía disfrutar de lo lindo sirviendo de pelota viviente a aquellos muchachotes que la adoraban.

El entusiasmo de los «Cardenales de San Luis» por la pequeña Betty, como dieron en llamarla, llegó al delirio el día en que la vieron aparecer — tenía entonces cinco años — ataviada con una diminuta falda de hula-hula y con un ukelele debajo del brazo. La admiración y la sorpresa que causó, dejó paralizados a los muchachos que no se atrevieron a lanzársela como otras veces de brazo en brazo. Tan linda estaba y tan irresistible damisela parecía, que se inclinaron ante ella como ante una deliciosa personita mayor.

— Pero, Betty, ¿de dónde vienes así vestida? — preguntó uno de ellos —. ¿No sabes que el carnaval todavía está muy lejos?

— No seas tonto, Bob — repuso la niña, con des-

parpajo —. Vengo de dar mi lección de baile... ¿Quieres verlo?

Y allí mismo, en el hall del hotel, acompañándose de su ukelele, Betty se puso a bailar con una gracia y un salero extraordinarios, una bonita danza de los Mares del Sur.

La verdad era que Lillian se había cumplido a sí misma la promesa hecha «in mente» el día que su hijita nació. A los tres años había empezado a iniciarla en la danza con inmejorables resultados. No, Lillian no se había equivocado. ¡Betty era de muy distinta pasta que Marjorie! Verdad es que con ella, Lillian no aceptó negativas ni dejó resquicio alguno para posibles escapatorias; pero también es cierto que los esfuerzos de la madre hallaron en la hija el esperado eco. Betty era dúctil y tenía, por añadidura, una gran disposición para el baile.

No sólo el ballet, sino la música, formaron parte de su primera educación. Se inició en el solfeo y el piano y cierto día dejó estupefacto a su padre, declarando:

— Papá, quiero aprender a tocar el saxofón...

John se quedó con la boca abierta.

— Pero, hijita, ¿eso es imposible! ¿Cómo podrías con semejante instrumento que es más grande que tú? — fue todo lo que se le ocurrió responder a la extraña salida de la niña.

— Pues que me hagan uno a mi medida... — repuso Betty, voluntariosa.

Su padre intentó protestar, convencerla, pero Lillian le atajó:

— Déjala, John. La pequeña no ha dicho ningún disparate. ¿Por qué no ha de aprender a tocar el saxofón? Al fin y al cabo, es un instrumento co-

mo otro cualquiera... Además, no nos costará mucho dinero hacerle uno a la medida...

John calló, vencido. En su interior, seguía pareciéndole un verdadero disparate que la niña aprendiese a tocar el saxofón. Si por lo menos se tratase del violín... o hasta del ukelele... Pero el saxofón... Su mujer parecía estar tan chiflada como la niña... Claro que hacía mucho tiempo que él la dejaba hacer... Desde que perdieron al chiquitín, Lillian se había vuelto voluntariosa y despótica. Amargada, además, por la desilusión que Marjorie le había causado, parecía centrar ahora todas sus energías en aquella pobre criaturita que era como cera blanda en sus manos. Por su parte, Betty parecía feliz de complacer a su madre... Se encargó, pues, un saxofón a su medida y muy poco tiempo después la niña lo dominaba a la perfección.

Marjorie, la hermana mayor, que estaba del lado de su padre, solía afeár a su madre esta inclinación por el baile y el canto que iba inculcando en la pequeña.

—¿Qué pretendes hacer de Betty, mamá? ¿Una bailarina de conjunto... o una cantante de cabaret?

—¡Por favor, Marjorie! No quiero oírte hablar así... ¿Dónde has aprendido ese lenguaje? ¿Ni quién eres tú, mocosa, para darme consejos? Yo sé muy bien lo que hago... Betty será lo que yo no he podido ser: una gran bailarina. Sí, sí, una bailarina... ¿Qué mal hay en ello? —respondía Lillian, resentida por lo que ella llamaba la «incomprensión» de su marido y de su hija mayor.

Marjorie, como su padre, acabó por encogerse de hombros y «dejarla hacer».

La educación artística de Betty siguió, pues, su curso. Frecuentó la Escuela Pública y cursó sin pena ni gloria la primera y la segunda enseñanza. Si bien, estimulada por su madre, la niña se entregaba con mucho más ardor a las clases de baile que a las áridas lecciones de geografía, historia o aritmética que sus maestros se esforzaban en vano en meter en su linda cabecita.

La niña llena de encanto se había transformado en una adolescente muy hermosa: rubia, de piel muy blanca y sonrosada, más bien llenita y no muy alta, aparentaba más edad de la que, en realidad, tenía. Al cumplir los trece años, Lillian, siempre infatigable en lo que al porvenir y a la carrera de Betty se refería, decidió que había llegado el momento de probar suerte en otro lugar más asequible y de mayores posibilidades que la tranquila ciudad de San Luis. ¿Por qué no Hollywood, Los Angeles?, se dijo. Esta idea le atormentó durante algún tiempo. Naturalmente, no podía soñar con exponerla a su marido... John no podría comprender... Y Marjorie tampoco. Era curioso el caso de su hija Marjorie... Ella, que jamás demostró el menor entusiasmo por el baile, parecía ahora lamentar la disposición con que la naturaleza había dotado a su hermana menor... Los reproches y las reconvenções a su madre eran cada vez más frecuentes.

—Es un verdadero crimen lo que estás haciendo con la niña, mamá. En lugar de prepararla para ser, simple y llanamente, una encantadora mujercita de su casa, una muchacha corriente que haga la felicidad de un hombre...

—Pero, Marjorie — replicaba Betty cada vez que oía sermonear a su hermana mayor —, si yo

no quiero ser una encantadora muchachita corrientemente... Quiero ser, como dice mamá, una bailarina... Y hacerme famosa... Y ver mi nombre destacando en los grandes teatros de Broadway... Eso de casarme y hacer la felicidad de un hombre... lo dejo para ti, hermanita. Yo aspiro a mucho más...

—¡Tú qué sabes, chiquilla! — respondía Marjorie —. No hablas por ti misma, sino por boca de mamá.

Y era inútil que Lillian se esforzase en convencer a su hija de que, a fin de cuentas, la profesión de bailarina no era cosa tan mala como se suponía.

—No comprendo tus temores, Marjorie, ni el por qué de esa oposición tuya a que Betty se dedique al baile. Pero ¡si bailar es para ella una segunda naturaleza! El crimen sería no encauzarla por ese camino... Además, nada malo puede ocurrirle a la niña...

—¿Cómo estás tan segura, mamá? Los artistas — y conste que yo no creo que esa clase de baile sea un arte — están obligados a llevar una vida muy distinta a la nuestra, una vida en la que hay que temerle todo... Fíjate, sino, en las estrellas de cine... ¿Has visto jamás mayor cantidad de escándalos juntos que los que rodean a esas luminarias?

No, no sería prudente hacer partícipe a Marjorie de aquella idea endiablada que iba tomando cuerpo en su cerebro. Sin embargo, había que llevarla a cabo cuanto antes. La niña estaba perfectamente formada para actuar en público. Poco más podían ya enseñarle en la Academia de Baile de San Luis... Había llegado el momento de «lanzarla», de conse-

guirle un buen contrato... ¡Si fuera posible introducirle en el cine! Eso sí que sería un buen comienzo... en el cine la popularidad se adquiere pronto. La popularidad y el dinero... Pero, ¿cómo decirselo a Marjorie y a John? Estaban siempre tan temerosos de lo que pudiera ocurrirle a Betty... «Pero si es sólo una niña...» diría John. Sí, era cierto; pero Lillian sabía que estando ella a su lado, para alejar todo peligro, nada podía ocurrirle a su hija. Era absurdo que no lo comprendiesen así... «Absurdo... y anticuado», concluía Lillian rabiosa.

Decidió, pues, que lo mejor sería actuar sin el consentimiento de su marido. Un buen día cogió a Betty por su cuenta y le habló francamente.

—Hija mía, tú ya conocer la forma de pensar de tu padre y de Marjorie. No podemos hacer nada para cambiarles... Pero tampoco vamos a someterlos a ellos, echando por tierra tu carrera... Yo sólo deseo tu bien, Betty. Y he trazado un plan para escabullirnos de su tiranía...

—Mamá, por Dios — repuso Betty con su franqueza habitual —, no creo sinceramente que podamos llamar tiranía a la resistencia velada y hasta abúlica de papá o Marjorie...

—Está bien, hija... Llámalo como quieras. Pero ten la seguridad de que si conocieran los planes que tengo para ti, se echarían encima como fieras para impedirlo. Por eso vamos a actuar sin consultarles. He decidido que nos vayamos tú y yo a Los Angeles. Ya encontraremos algún pretexto válido para justificar este viaje... Lo importante es salir de aquí... Una vez en Hollywood, ya veremos cómo nos desenvolvemos. ¿Te gustaría trabajar en el cine, convertirte en una estrella famosa?

—Sí, mamá, a mí me gusta todo lo que a ti te guste. Pero me parece que papá y Marjorie...

—No sigas, hija. Ya te he dicho que prescindiremos de ellos. ¿Sabes una cosa, Betty? Eres una hija encantadora... Siempre estás procurando complacerme. Pero te aseguro que no te arrepentirás.

Con una voluntad y decisión que la caracterizaban, Lillian preparó todo lo relativo al viaje con tanta maña que Marjorie y John no sospecharon siquiera el verdadero objeto de aquel inesperado traslado.

—La niña está un poco delicada... El sol y el clima cálido de California le sentarán bien... — dijo, por toda explicación.

Para los trece años de Betty aquel viaje fue como un hermoso sueño hecho realidad. Nunca había salido de su ciudad natal, San Luis, y el simple hecho de volar en compañía de su madre hacia otros lugares desconocidos, la maravilló. Lo de menos era lo que la aguardaba en Hollywood. Su carrera, su arte... ¡Bah! Todo eso eran fantasías de mamá. Pero aquel vuelo maravilloso a través del espacio, cruzando montes y valles, ciudades y ríos, la sobrecogió hasta el punto de hacerla llorar de alegría. Jamás podría olvidar la emoción de aquel primer vuelo... Ni jamás creyó experimentar otra sensación semejante... ¡Cuántas ciudades, cuántos mundos distintos descubría la pequeña Betty, allá abajo! ¿Cómo serían aquellas gentes desconocidas? ¿Cómo vivirían? Le hubiera gustado detenerse en cada pueblo, en cada casa... Pero el avión seguía su ruta incansable, y mucho antes de lo que la niña hubiera deseado se encontraron en el aeropuerto de Los Angeles.

—¡Qué lástima, mamá! ¡Me hubiera gustado tan-

to que este viaje no acabase nunca! Es lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida.

—Otras muchas cosas maravillosas te aguardan aquí, Betty. Ya verás — repuso su madre.

* * *

Se instalaron provisionalmente en casa de una amiga de Lillian, que les dejó una pequeña habitación. Durante un mes interminable, madre e hija fueron todas las mañanas a los Estudios hollywoodenses, con la esperanza de ser recibidas por algún alto jefe de producción o persona influyente. No fue cosa fácil, hasta el punto de que Betty estaba muy desanimada y quería a toda costa volver a casa.

—Todo se arreglará, pequeña — la tranquilizaba su madre —, ya verás. No podíamos pretender «llegar, ver y vencer», como aseguran que dijo no sé qué personaje histórico... Las cosas de palacio van despacio... Pero ya verás como a la postre, triunfaremos.

Y así fue, en efecto. Un buen día el portero de la 20th Century Fox, que se había hecho muy amigo de Betty y sentía una gran simpatía por aquella jovencita rubia, tan llena de ilusiones, las introdujo en el despacho del jefe de producción de los Estudios. El hombre se había enterado de que andaban buscando chicas jóvenes para una película estudiantil que iba a producir Darryl F. Zannuck, y aprovechó la ocasión para recomendar a Betty.

—Mi hija canta y baila, ¿sabe usted? — se apresuró a decir Lillian, apenas en presencia del jefe de producción.

—Eso no nos interesa, señora — fue la poca cor-

tés respuesta del hombre —. Lo que nosotros necesitamos son chicas jóvenes que actúen de extra... no bailarinas.

Aquello no era, ciertamente, lo que Lillian había soñado para su hija, pero lo importante, por el momento, era introducirse en el mundo del cine. Después, ya habría ocasión de mejorar las condiciones del contrato. Así fue como Betty pasó a formar parte de la plantilla de la 20th Century Fox. Durante algún tiempo, actuó en cuanta película estudiantil produjeron los Estudios, si bien nunca consiguió ningún papel importante. Encauzadas así las cosas, y como quiera que Betty ya no podía ausentarse de Hollywood, Lillian no tuvo más remedio que poner al corriente de lo que ocurría a su marido y a su hija mayor. Ante los hechos consumados, el buenazo de John se encogió de hombros y corrió a reunirse con su esposa y con la pequeña. ¡Quién sabe si realmente sería aquél el porvenir de su hija!

La pequeña era ahora una hermosa joven de diecisiete años, que despertaba la admiración y el cariño de cuantos muchachos la trataban por su espontánea franqueza y su irresistible naturalidad. Era, sobre todo, muy distinta de las otras chicas que frecuentaban los Estudios, sencilla, inteligente, nada vanidosa; parecía, además, vivir completamente ajena al ambiente que la rodeaba. La fastuosidad y la vida un tanto libre de Hollywood no habían influido en ella, y esto creaba en torno suyo una aureola de simpatía y de afecto. Claro que Lillian, fiel a su promesa, no la dejaba nunca sola ni le permitía asistir a ninguna fiesta sin su compañía. Algunas de las nuevas amigas de la jovencita se burlaban un poco de esta tutela de su

madre, pero Betty la aceptaba como la cosa más natural del mundo.

—Mamá es como una compañera para mí. Me encanta salir en su compañía — declaraba con absoluta sinceridad.

Y era cierto. Madre e hija se compenetraban mucho, y no era raro ver a Lillian charlando o bailando con los pretendientes de su hija, que no se sentían en modo alguno cohibidos por su presencia, ya que la madre era tan simpática y tan animada como la hija.

Llegó un día, sin embargo, en que Betty empezó a sentir deseos de emanciparse de esta tutela. Fue cuando conoció a Jackie Coogan, un muchacho rubio que la interesó más que ningún otro. Nunca hasta entonces le había pesado la presencia de su madre en reuniones o fiestas, pero desde que Jackie la pretendía, Betty sentía unos deseos locos de estar a solas con él, de charlar sin la fiscalización de su madre, de flirtear, si era preciso. ¿Sería que estaba enamorada de Jackie? No lo sabía a ciencia cierta, ya que nunca se había preocupado gran cosa de los muchachos... Pero ahora la atormentaban a cada momento estas ansias de ver a Jackie y de estar con él. «Si esto no es amor, ¿qué otra cosa puede ser?», se decía. Creo que si Jackie me besara, siquiera una vez... yo sabría a qué atenerme. Pero, ¿cómo va a hacerlo el pobre muchacho si mamá no nos deja nunca solos?» Una noche, al fin, se decidió:

—Mamá, voy a cumplir dieciocho años, ¿no crees que ya es hora de que me permitas salir sola? — dijo.

—Pero, hijita... Yo creía... Nunca pensé... nunca supuse que te molestara mi compañía...

—No, no, mamá... Pero si no es eso... No me disgusta tu compañía... Pero es que todas las chicas salen solas, incluso de noche... ¿Qué mal hay en ello? Yo, yo soy la única en los Estudios que no tengo libertad ninguna... Si me dejaras salir sola, yo te prometo que estaría de regreso en casa antes de la medianoche...

Lillian tuvo que claudicar. Por lo demás, su hija tenía razón. Iba ya resultando ridículo y hasta grotesco para ella aquella vigilancia constante. Que se divertiera y gozara de la vida... siempre y cuando su nombre no se viera envuelto en ningún escándalo.

Aquella súbita libertad fue para Betty como un don del cielo. Empezó a salir con Jackie a todas horas, y cuanto más frecuentaba su trato más iba convenciéndose de que estaba enamorada de él. Ya no le importaba nada su carrera, ni ascender, ni obtener papeles importantes... Lo único que quería era ver a Jackie, no separarse de él, gozar de su charla y de su compañía. Jackie era un hombre encantador, tenía una gran experiencia en el cine, y sabía encantar a la muchachita todavía inexperta y novata, confiándole mil y una anécdotas del mundillo cinematográfico.

—¿Sabes, Betty? Cuando yo era muy pequeño, no tenía más de ocho años, tuve la suerte inmensa de trabajar junto al más grande actor de todos los tiempos: Charlie Chaplin. Fue en una película inolvidable, llamada «El chico». Tú no puedes recordarla, claro. No habías nacido todavía... O quizá sí... Espera, creo que fue en el año 1917. Sí, sí, exactamente, el mismo año en que tú naciste. Jamás he podido olvidar la emoción que me produjo trabajar al lado del gran Charlot, ni tampoco todo

lo bueno y afectuoso que fue conmigo... Nunca he vuelto a estar satisfecho de mí mismo... desde entonces. Creo que aquella fue mi obra maestra... Todo lo demás, no ha sido nada, nada... —añadía con un deje de amargura en la voz.

—Vamos, Jackie, ¿caso no vales tú mismo mucho más que todo tu trabajo ¡Ah, si supieras qué feliz soy desde que te he conocido! Ningún otro hombre había despertado en mí este sentimiento tan dulce...

—Betty, querida. Eres sólo una niña y no sabes nada de la vida. Pero te quiero... Creo que te he querido desde el primer día que te vi... Tu ingenuidad, tu inexperiencia me vuelven loco... Y tu belleza... Porque eres muy bonita, ¿no lo sabías? Casémonos, Betty, en seguida... Siempre deseé tener a mi lado una mujercita como tú... Pero deja el cine, abandona tu idea de convertirte en una gran estrella... El cine es traidor, ¿sabes. Te encumbra de pronto y luego, sin que sepas por qué, te deja caer de repente en el más espantoso olvido... Y tú no sabes lo duro que es resignarse al olvido cuando se ha estado en la cumbre de la fama...

A Betty no le importaba ya nada su carrera, ni el cine. Estaba enamorada y sólo quería ser la dulce esposa de Jackie. Pero Lillian puso el grito en el cielo apenas se enteró:

—No me opongo a que te cases con Jackie, si es tu deseo... Me parece un buen chico... Pero no consiento que arruine tu carrera... Es absurda esa idea de convertirte en una dulce mujercita de tu casa... Yo no te he educado para eso. ¿Dónde quedarían entonces nuestras ilusiones, nuestros proyectos ¿Es que de pronto vas a convertirte, como

Marjorie, en una muchacha vulgar? No, no, hijita, ni lo sueñes... Cástate... pero sigue bailando y actuando en el cine... Esa es tu verdadera vida... Tienes que llegar a ser una primera estrella; me debes esa compensación, hija, no lo olvides.

* * *

El matrimonio con Jackie no proporcionó a Betty la felicidad soñada. Ella estaba llena de candor, de ingenuidad, solo deseaba hacer feliz al hombre amado... pero pronto tuvo que convencerse de que aquello era un sueño casi imposible. Jackie, que durante el noviazgo se había mostrado encantador, resultó ser un marido insoportable: huraño, quisquilloso, amargado... Hacía cuanto estaba en su mano para destruir todas las ilusiones de Betty con respecto a su carrera.

—Nunca serás nadie en el cine, querida... Debes convencerte. Los estudios están llenos de muchachas bonitas que cantan y bailan... Si no, ahí tienes la prueba: ¿en cuántas películas has intervenido desde que nos conocemos?

Y lo peor era que Jackie tenía razón. Una racha adversa parecía perseguir a la muchacha desde que se había casado. Pasó de pronto el entusiasmo por las películas dedicadas a Colegios y Universidades y con ella se olvidó totalmente a Betty. Ya no le fue posible conseguir ningún papel, por insignificante que fuera. La vida artística, casi recién iniciada, se interrumpía de pronto; su vida íntima, su hogar, había empezado a desmoronarse casi desde los comienzos de su matrimonio... Estos dos fracasos sumieron a Betty en una crisis de

desesperación y desaliento que duró un año entero.

Cuando al fin, después de varios intentos frustrados para adaptarse al carácter difícil y profundamente amargado de su marido, no pudo resistir más aquella vida, Betty se decidió al divorcio. Lo hizo sin alboroto ni recriminaciones: simplemente se separó de Jackie y regresó al lado de sus padres.

La infatigable Lillian volvió a tomar en sus manos las riendas de la vida de su hija. Puesto que los Estudios le habían cerrado las puertas y ya no podía ser estrella de cine, había que buscar otro camino para ganarse la vida y alcanzar la celebridad. ¿Y por qué no volver al primer intento, al baile? Al fin y al cabo, aquella había sido la idea inicial: que su hija fuese bailarina. Pues bien, lo sería, costase lo que costase.

En principio logró introducirla en el coro de presentaciones de Eddie Cantor, donde actuó durante varios meses. Hasta que un buen día, Ted Fio Rito, que la había descubierto entre el conjunto, le propuso un contrato para cantar en su orquesta...

—Pero... si yo apenas sé cantar... — repuso Betty.

—No importa. Lo único que tiene que hacer es pararse detrás del micrófono y dejar que la gente la contemple — repuso Ted —. Es usted muy hermosa.

Durante cuatro años, Betty cantó y bailó con la orquesta de Ted, yendo incansablemente de un lado para otro. Trabajaba casi hasta enfermar. Aún no había terminado de deshacer las maletas cuando ya tenía que volver a hacerlas de nuevo... Algunas veces, no podía siquiera regresar a casa

hasta las tres de la madrugada, cuando no engullía apresuradamente un sandwich en cualquier estación... Su madre la acompañaba casi siempre, alentándola a no desanimarse.

Pero Betty no se desanimaba. Nunca había trabajado con tanto ardor, ni nunca había puesto tanto entusiasmo en prosperar en su carrera. Parecía como si el fracaso amoroso la impulsara todavía más a sobresalir en su arte. Pronto logró ser incluida en el espectáculo musical «La Du Barry era una dama» iniciando así una etapa luminosa que ya no debía detenerse nunca. Sus fotografías empezaron a publicarse en la primera plana de periódicos y revistas. Y fue precisamente una de esas fotografías, llegada casualmente a manos de Zannuck, la que le abrió de nuevo las puertas de los estudios hollywoodenses, y esta vez con todos los honores. Era una víspera de Navidad; Zannuck estaba hojeando un periódico y de pronto el rostro franco, expresivo, de Betty le hipnotizó:

—Betty Grable, Betty Grable... — se dijo —. Este nombre me es familiar... Creo haberlo visto antes por aquí... Pero de cualquier modo esta muchacha tiene algo...

Ese «algo» le proporcionó a Betty el primer contrato importante con 20th. Century Fox. Ya no eran simples y fugaces papelitos de colegiala lo que interpretaba, sino primeros papeles en cintas musicales. Zannuck la lanzó con el título de «equivalente femenino de Bing Crosby» y muy pronto sus admiradores se contaron por millares. La propia Betty no acertaba a explicarse cuál era la causa de su éxito.

—Sigo sin volver de la sorpresa, mamá — con-

fesaba—. Lo único que puedo asegurarte es que en mis películas me gusta aparecer tal como soy... Cada vez que debo actuar lo hago con el mismo entusiasmo que si estuviera sola y cantando espontáneamente... No se me ocurre decirme: «Vaya, ya eres la cantante más popular de América!» Nada de eso... Yo misma no salgo de mi asombro cuando me contemplo en la pantalla. ¿Soy realmente yo, Elisabeth Ruth, esa muchacha que canta y baila en el lienzo, mamá?

¡Qué lejana estaba ahora la casita de ladrillos rojos de la Avenida Lafayette, en San Luis! ¡Y qué lejos también la pequeña Elisabeth Ruth! La actual Betty Grable se había convertido en poco tiempo en la actriz más popular del mundo. Durante la guerra, Betty llegó a recibir nada menos que noventa mil cartas mensuales de sus admiradores. Ella y su madre, que actuaba de secretaria, tenían que dedicar todos los minutos libres a contestar aquellas cartas... la mayoría de soldados norteamericanos que desde el frente le decían: «Quisiera encontrar a mi regreso al hogar una muchacha como usted, Betty...» Y es que, pese a sus irresistibles encantos, Betty no daba nunca la impresión de estar actuando en la pantalla. Era como cualquier muchacha de las que transitan por la calle: bonita, atractiva, sencilla, asequible... Daba a los hombres la sensación de que las muchachas bonitas no tenían nada de lejanas, exóticas o melodramáticas. Representaba, en fin, el más perfecto común denominador de Norteamérica. En esto radicaba, precisamente, su éxito; en esto y en su falta absoluta de vanidad o engrandecimiento. Si en la pantalla hacía el papel de una encantadora y adorable muchacha llena

de franqueza, honradez y sinceridad... fuera del cine, Betty vivía la existencia de esa misma muchacha. Su vida íntima seguía siendo tranquila y perfectamente normal. No rehuía las fiestas ni los compromisos que le imponían su carrera, y aunque se viese siempre rodeada de una nube de admiradores, jamás su nombre se veía envuelto en ningún escándalo.

Marjorie podía ahora respirar tranquila. Sí, Lillian había tenido razón; al fin y al cabo, la carrera de actriz no era cosa tan mala como ella había temido. La pequeña Betty se había hecho famosa, ganaba un sueldo fabuloso, pero seguía siendo la misma muchachita buena y sencilla de antes. Claro que Marjorie hubiera preferido verla, además, casada y feliz... Pero... ¡quién sabe nunca dónde está la verdadera felicidad! Betty era muy joven aún y no le faltaban pretendientes. Quizá, cuando menos lo esperara, la felicidad saldría a su encuentro.

—No pienses en eso por ahora, Marjorie — respondía Betty siempre que su hermana le hablaba de matrimonio —. El desengaño amoroso que he sufrido con Jackie ha dejado una huella muy profunda en mi ánimo. No puedo volver a pensar con serenidad en casarme de nuevo... Si fracasara otra vez... creo que no lo resistiría... Si algún día lo hago, quiero que sea para siempre...

—Sí, Betty, te comprendo. Pero prométeme que no huirás de la felicidad... si ésta sale a tu encuentro.

—No, Marjorie, no huiré. Te lo prometo.

* * *

La felicidad tardó algún tiempo en salir al encuentro de Betty. La muchacha trabajaba sin descanso; llevaba filmadas cerca de diez comedias musicales para la Fox («Sinfonía del pasado», «Esa rubia fenómeno», «El campesino se casa», etc.), lo que suponía un trabajo enorme, ya que por tratarse casi todas ellas de cintas en technicolor y con agotadoras escenas de baile, cada una tardaba por lo menos cinco meses en filmarse. Además, Betty era muy exigente en su trabajo: insistía en ser siempre ella quien diera el visto bueno, asegurando conocer bien el gusto del público. Y cuando una escena no le gustaba, la hacía repetir y repetir hasta el cansancio, en un empeño loable de superarse y de lograr que sus films resultaran lo mejor posible. Esto le valía alguna que otra reprimenda del director, Preston Sturges, hombre de poca paciencia, que siempre estaba amenazándola con no volver a trabajar con ella, pero que acababa siempre pidiéndole perdón... y haciendo planes para una futura realización conjunta, ya que Betty había pasado a ser para su estudio una verdadera mina de oro: figuraba entre las diez estrellas más taquilleras de los Estados Unidos.

Cierta noche, Betty tuvo que actuar para la radio, en un festival benéfico. Era una emisión muy importante, para la que se había solicitado la actuación de grandes figuras del cine y del teatro. Betty estaba muy cansada aquel día, pero no pudo negarse por tratarse de una emisión benéfica. Llegó a la radio directamente de los Estudios, después de haber pasado toda la tarde ensayando un nuevo número de baile para su última película. No tenía ningunas ganas de seguir

actuando; sólo deseaba regresar a casa y meterse en la cama. Durante la actuación de los otros actores, estuvo dormitando en una silla, soñando con el mullido colchón de su cama... Ni siquiera sabía lo que iba a cantar, ni quien la acompañaría. ¡Bah, qué importaba! Pasó un cuarto de hora que a la muchacha le pareció eterno, y por fin, un botones anunció:

—Ahora le toca a usted, miss Grable...

Se dirigió maquinalmente hacia el micrófono.

—¿Qué va usted a cantar, Betty?

El hombre que le hablaba era alto, moreno...

El cansancio de Betty desapareció como por encanto.

—Pero, pero... usted es Harry James...

—Sí... ¿Me conoce usted? —repuso él.

—¡Oh, claro! Le he visto actuar con su orquesta muchas veces... ¿Es usted el que va a acompañarme? ¡Pero esto es fantástico!

Tan fantástico que Betty olvidó pronto su cansancio y el sueño, y cuando terminó la emisión se encontró bailando —¡bailando, Dios mío!—, en brazos de Harry en un club nocturno.

Aquello fue sólo el comienzo. Muy pronto se dio cuenta Betty de que la felicidad, aquella felicidad de que Marjorie estaba siempre hablándole, había por fin salido a su encuentro. Harry era un hombre encantador y la amistad de los dos jóvenes no tardó mucho tiempo en convertirse en apasionado idilio. Ambos tenían los mismos gustos y aficiones: adoraban la música moderna, los automóviles, la vida al aire libre, los caballos de carreras (desde chiquitina le habían apasionado a Betty los caballos), las camisas deportivas y hasta las mismas comidas... Y cuando se tra-

taba de ir al cine, los dos estaban de perfecto acuerdo en elegir una película de aventuras en el Oeste...

Fue precisamente la mutua afición a los caballos lo que más les unió. Harry solía llevarla a presenciar los entrenamientos de su potrillo preferido... Sentada en lo alto de una tranca, Betty contemplaba extasiada a Harry, mientras este controlaba el tiempo de la carrera. Y cuando «Snuffi», el caballo, llegaba a la meta unos segundos antes de lo estipulado, los dos se abrazaban emocionados y felices. Fue después de uno de estos abrazos de entusiasmo, cuando una tarde Harry le dijo impetuosamente:

—Betty, querida... Eres la mujer más encantadora que he conocido. Y estoy loco por ti... Casi tan loco como por mi caballo... —añadió sonriendo.

Betty le miró feliz a los ojos y por toda respuesta le besó apasionadamente.

—¡Oh, querida! —exclamó Harry, emocionado—. ¿Quiere eso decir que te casarías conmigo?

—Pues claro que sí, amor mío... Y si no llegas a pedírmelo tú... creo... creo que lo habría hecho yo misma... ¡Oh, Harry! Seremos muy felices... Estoy segura, esta vez estoy segura...

—Haré cuanto esté en mi mano porque así sea, cariño —repuso Harry, estrechándola más fuertemente entre sus brazos.

Se casaron la víspera de Navidad y pasaron la luna de miel en el pequeño rancho «Calabasas», que Harry había adquirido en las afueras

de Hollywood. Durante un mes, los enamorados vivieron sólo el uno para el otro, en pleno contacto con la Naturaleza. Su vida no podía ser más primitiva: salían a caballo al amanecer y no regresaban a la casa hasta muy avanzada la tarde. Durante todo el día correteaban como chiquillos por el campo, olvidados de todo cuanto no fuesen ellos mismos. Nunca se había sentido Betty tan feliz y hubiera deseado que aquellos días no terminasen nunca... Pero la fama tiene sus exigencias, y tanto ella como su marido, eran personajes célebres. De Hollywood llegaban insistentemente cartas y telegramas reclamando su presencia. Al principio, cartas y telegramas iban amontonándose, sin abrir, en el vestíbulo de la casa. Pero un buen día Harry, aun a su pesar, decidió que aquello no podía continuar.

—Es un fastidio, Betty, pero me temo que no tendremos más remedio que regresar. Yo tengo compromisos que no puedo desatender... Y además, mis «chicos» deben estar desesperados con una ausencia tan prolongada... Creo que desde que formé la orquesta no me había separado nunca de ellos tanto tiempo seguido... Van a odiarte, querida, por ser tú la causa de este desvío mío...

—Tienes razón, Harry. Esta vida es maravillosa y no sabes cuanto me duele dejarla... Pero el trabajo nos reclama a los dos... Me imagino la cara que pondría Preston Sturges si me retraso todavía unas semanas. Tú no le conoces, pero es un ogro, querido, un verdadero ogro...

El «ogro», sin embargo, recibió a Betty con los brazos abiertos.

—Me alegro de que haya regresado, Betty.

Mister Zannuck tiene algo que proponerle. Vamos a cambiar su estilo. Será algo sensacional. Porque se está usted convirtiendo en una excelente actriz. Zannuck viene observándola desde hace algún tiempo y quiere proponerle que interprete usted el papel de «Sofía» en «El filo de la navaja». ¿Qué le parece?

La muchacha le miró sin pestañear. Las palabras de Sturges eran sinceras. Pero Betty replicó sin vacilar:

—No, mister Sturges, yo soy únicamente una muchacha que canta y baila... Usted lo sabe perfectamente... No puedo interpretar ese tipo de papel; para él hace falta una verdadera actriz. Si me pusiera en esa película, el público esperaría verme bailando o cantando en cualquier momento... ¡Y no creo que eso nos hiciera mucho bien ni a usted, ni a mí... ni a la película!

Sturges la miró un momento, luego poniéndose en pie le estrechó la mano y sinceramente conmovido, dijo:

—Betty, ¡es usted una muchacha encantadora! Eso mismo fue lo que yo le dije a mister Zannuck. Pero él estaba seguro de que usted aceptaría...

—Yo sólo quiero seguir haciendo películas musicales como las que he filmado hasta ahora —añadió Betty—. Mientras el público me apoye, todo está bien. Cuando ya no cuente con ese respaldo, me retiraré.

Esa posibilidad, sin embargo, estaba lejos todavía. El público seguía distinguiendo a Betty con su favor, cada vez con más entusiasmo. Cada nueva película de la estrella concentraba grandes masas de gentes, de todas edades y condiciones, ávidos de admirarla y aplaudirla; sus canciones

se cantaban en todas partes y su fotografía descansaba sobre el pecho de innumerables admiradores. En los años que llevaba bajo contrato con la 20th Century Fox, la muchacha había producido a su Estudio la bonita suma de quince millones de dólares.

Tanta fama —y tanto dinero— tenían también sus inconvenientes y sus peligros. La fama de Betty y el fabuloso salario que percibía —no menos de 200.000 dólares anuales— la hicieron víctima en varias ocasiones de desagradables chantajes. La cosa empezó a raíz del nacimiento de Jessica, la primera hijita de la estrella. Un día Betty recibió una carta firmada «La avispa verde», en la que se la conminaba a enviar por correo a Pensilvania, a un nombre supuesto, la suma de cinco mil dólares «para evitarle la molestia —decía la carta— de que su hijita sea raptada.» Betty, que además de excelente actriz era una mujer inteligente, puso el asunto en manos de la policía, que siguiendo la pista descubrió que la chantagista era una muchacha de dieciocho años. Tres meses después, se recibía otra carta firmada por un tal James Thomson, de Birmingham, exigiendo la suma de ocho mil quinientos dólares. «De lo contrario, será asesinada...» Esta vez el tal Thomson resultó ser un mozo de café que, interrogado por la policía, declaró con toda tranquilidad:

—No podía creer que una persona tan rica como Betty Grable fuese a poner el grito en el cielo por unos miserables dólares...

No había pasado mucho tiempo después de lo anterior, cuando Betty recibió una tercera carta firmada «El leopardo», en la que se le advertía

que su vida correría grave peligro si no entregaba inmediatamente cinco mil dólares a un hombre que estaría apoyado contra la pared de determinada esquina del Boulevard Sumset. Con los nervios a punto de estallar ante tanta amenaza, Betty se confió a su marido, quien de acuerdo con la policía inventaron una estratagema para apoderarse del chantagista. Una muchacha que se parecía mucho a Betty, y que era un agente, dejó caer el paquete que parecía contener los cinco mil dólares requeridos, en la esquina indicada. En tanto, un montón de agentes disfrazados de inofensivos transeúntes vigilaban la maniobra. Todo salió a pedir de boca... aunque no para el chantagista. Apenas la muchacha dejó caer el paquete, un joven se apresuró a recogerlo huyendo con él. Pero no llegó muy lejos, porque varios policías le detuvieron con las manos en la masa. Resultó ser un adolescente de dieciocho años, quien al ser interrogado juró no haber tenido intención de hacer el menor daño a miss Grable.

—Sólo pretendía obtener un poco de dinero para regresar a casa —confesó ingenuamente.

El motivo no resultó del todo convincente para la policía. A pesar de la intervención de Betty, el muchacho fue condenado a cinco años de cárcel.

Agotada por estas experiencias y por los meses de intenso trabajo en la cinta «Encontrémoslos después de la función», Betty tuvo que retirarse por algún tiempo a «Calabassas» para reposar. Aguardaba además a su segundo hijo y se sentía francamente destrozada.

—Harry, querido; quisiera que vinieras con-

migo al rancho y pasáramos juntos una larga temporada, lejos de tanto ajeteo y preocupaciones. No comprendo por qué las estrellas tenemos que compartir no sólo nuestra vida privada con el público, sino además ser blanco de las miradas de tanta gente mala como pulula por la ciudad... Yo quisiera vivir una vida tranquila contigo y con los niños...

—Pero, Betty, eso es imposible. Tanto tú como yo nos debemos al público... ¿Sabes que Zannuck prepara para ti otra gran película? Me lo ha confiado esta misma mañana. Trabajarás al lado de Marilyn Monroe, la bomba rubia que tantos estragos está provocando... No puedes retirarte ahora... y permitir que esa muchacha, que no te llega ni a la punta del zapato, te destrone... Tienes que luchar, querida, y demostrar al mundo entero que ni cien Marylins Monroe pueden contigo... ni con la popularidad que tan penosamente has conquistado.

Fue un argumento eficaz. Betty no se retiró; tuvo otra niña, a la que pusieron de nombre Vicky — porque así se llamaba ella en la película que filmaban cuando conoció a Harry — y después del éxito indiscutible de «Cómo casarse con un millonario», Betty realizó, esta vez para la casa Columbia, «Todo el placer es mío», nuevo título de la obra «Demasiados maridos», original de Somerset Maugham, que ya se había estrenado con gran éxito en el teatro, en 1919.

Al margen de su vida artística, Betty vive una existencia feliz junto a su marido y sus hijitas. Y cuando alguien le pregunta cuál es el secreto de su felicidad, responde sin vacilar:

—Lo más importante en el matrimonio es en-

contrar la pareja que conviene. Y yo he tenido suerte. Harry posee todas las cualidades básicas necesarias para ser un buen marido. Aunque no es, desde luego, un hombre corriente. Tiene, en realidad, una personalidad única, y por eso ha triunfado en su carrera. Pero, básicamente es como cualquier hombre. Y creo que se siente orgulloso de mi trabajo. Harry es muy inteligente y lo bastante comprensivo para permitirme que yo también tenga mi pequeño éxito.

La modestia proverbial de Betty califica de «pequeño éxito» el hecho de haber sido en 1949, la persona que más dinero ganó en los Estados Unidos.

Así es BETTY GRABLE

En una reunión de actores, uno que se las daba de filósofo tuvo la ocurrencia de decir:

—En realidad, los nuevos ricos son seres desgraciados, ¿para qué sirve tener tanto dinero si no se sabe gastar?

—En eso tienes razón —repuso Betty—. Pero es mucho peor saber gastarlo y no tenerlo.

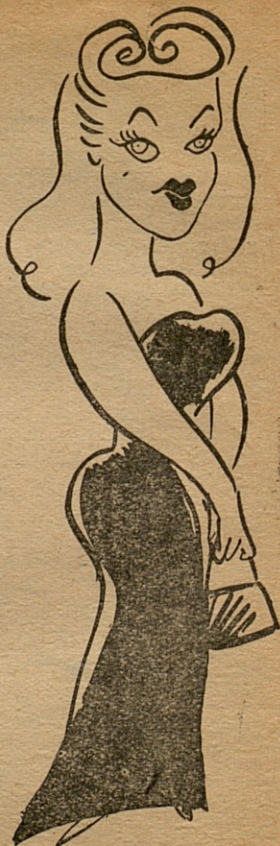
Un joven pianista se presentó a Betty Grable para pedirle una carta de recomendación para entrar en cierta orquesta. Ella, naturalmente, quiso comprobar su habilidad con el instrumento. Después de interpretar algunas piezas, el joven preguntó:

—¿Qué le parece?

—Toca usted con profundo espíritu religioso —dijo Betty.

—¿Cómo?

—Sí, amigo mío. Su mano izquierda no sabe lo que hace su mano derecha.



(Caricatura de Muntañola)



JOSEPH COTTEN.—Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.



¡Están a la venta!

GINA LOLLOBRIGIDA.—Feliz y enamorada de su marido, Gina está ascendiendo a una velocidad vertiginosa la escalera de la fama. Después de triunfar en Europa despertó el entusiasmo del pueblo norteamericano, cuya prensa la llamó «la Marilyn Monroe morena». Un contrato con Howard Hughes le impide trabajar en los Estados Unidos.



GARY COOPER.—Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.

¡Están a la venta!

AUDREY HEPBURN.—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi» y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



VITTORIO GASSMAN—Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



JOAN CRAWFORD.—Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.

